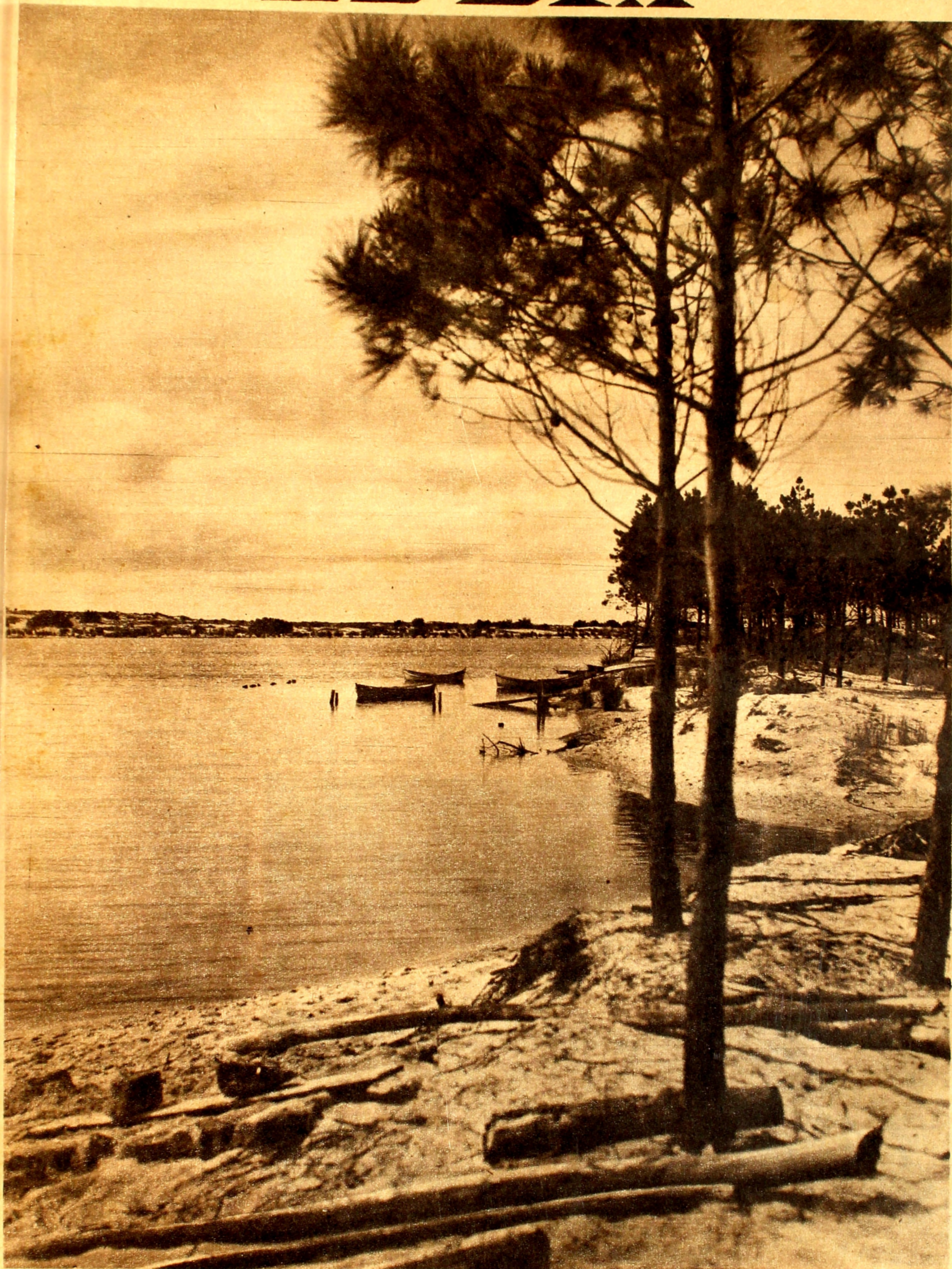
AÑO XX. — Nº 967. EL DIA MONTEVIDEO, JULIO 29 DE 1951.



BARRA DEL SOLIS
(Fotografía JUAN CARUSO)

Curso del arroyo Solís en la margen del Plata, que cruza el camino que va a Maldonado, uno de los lugares de más encantador paisaje en la ruta.

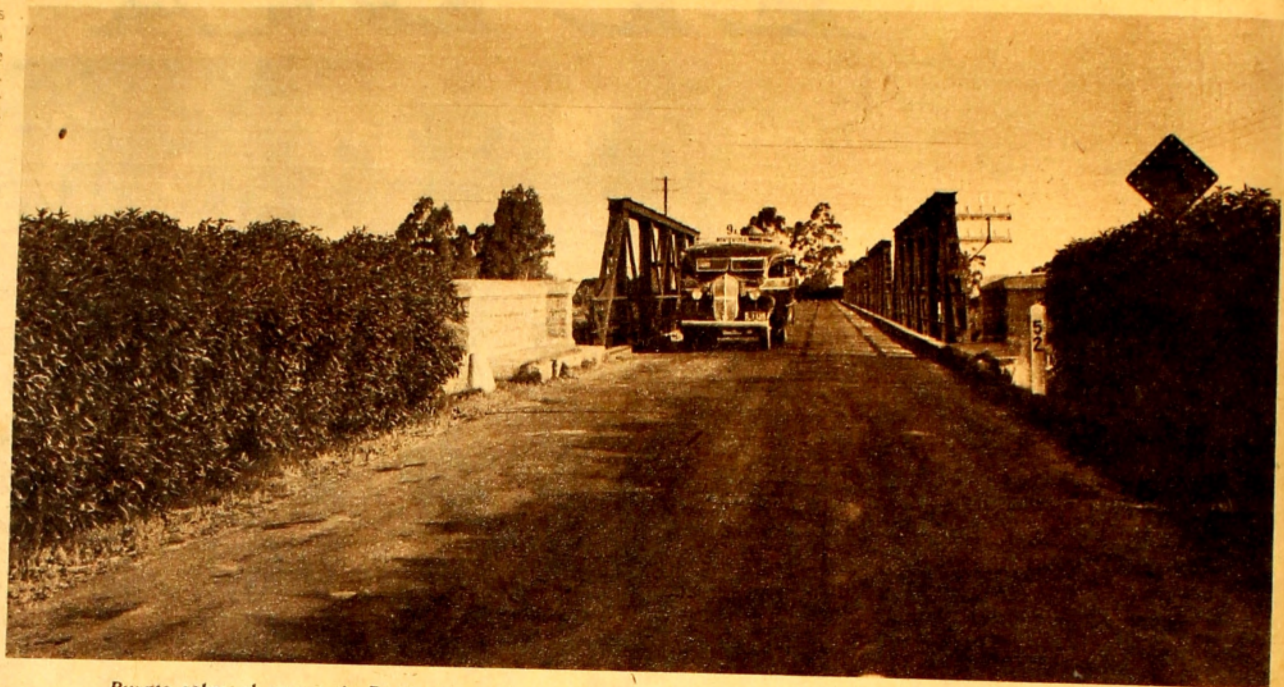
PAISAJE EN RUTA

Un nuevo viaje remece siempre las alas de nuestra ilusión. Viajar a alguna parte, aunque sea a pocos kilómetros de distancia de nuestro lugar de residencia, es despertar a un nuevo mundo de sensaciones. Si en la misma calle que transitamos todos los días, si en el horizonte urbano que encuadra nuestra ventana, en todo momento encontramos nuevos matices de diferenciación, podemos suponer el arpegiado de emociones y sensaciones que nos proporciona un paisaje imprevisto. Nuestro Rodó modificó la sentencia clásica, diciendo que 'renovarse es vivir y viajar es renovarse". Pero ¿cuándo podemos decir de un alma que es viajera? No será por el mero hecho de trasladarse de un lugar a otro. A los que viajan por afán de cambio, decía Unamuno que lo hacían por topofobia, por odio al paisaje. Y a estos mismos se refería Emerson sentenciando a que el viajar es el paraíso de los tontos, pues son capaces de resistir la variedad pero no la verdad. No cabe duda que la sensibilidad media del turista corresponde a esa condición topófoba, aunque hay que agradecer al turismo haya contribuído a despertar la ilusión de nuevas tierras y nuevos horizontes.

He tomado asiento en el ómnibus de la una y media de la tarde para trasladarme a la ciudad de Maldonado. No podré decir al chofer párese aquí y párese allá, para poder captar con más detalles la impresión de un paisaje en ruta. No será éste el único inconveniente. En Uruguay han prendido dos costumbres muy españolas, una no sé si mala o buena, la del parloteo. La gente habla, y habla en todo momento. No sabe vivir si no es confesándose sus cuitas. Ya digo que no sé si es mala o buena costumbres, pero difícil es concentrarse en sí mismo o en algo exterior, cuando a nuestros oídos suena alguna conversación que pone almas al desnudo y nos atrae por la propia calidad de su drama. Pero si la conversación ajena zumba y repercute en nuestra sensibilidad en forma de lataso, entonces hay como para desistir del viaje, pues ya se sabe que latoso es quien nos quita la soledad sin proporcionarnos compañía.

La otra herencia española, pésima herencia para el viajero, es la de los revisores o inspectores de billetes. Mi último largo viaje de tren, en Europa, fué desde Amsterdam a Marsella. Atravesé toda Holanda, toda Bélgica y toda Francia. Sólo dos veces se me revisó el billete. La primera, minutos antes de llegar a París, la segunda, minutos antes de llegar a Marsella. Desde Montevideo a Maldonado me lo revisaron tres veces, en un viaje de tres horas, muy al estilo español, cuyos empleados de transportes tienen la consigna de no dejar tranquilos a los viajeros. Pero en fin, todo sea por los fueros de la madre patria.

Pero aquí estamos y ha empezado a zumbar el motor. Atravesaremos la ciudad. Del centro bullente pasamos a las calles con olor a campiña, y el Camino de Maldonado empieza a presetarnos el primer tono verde. Cercados, lotes mostrando los pilares de viviendas en construcción, las primeras alambradas limitadoras de tierra. Pero la tierra comienza a aparecer sin límites, como una peonza que gira sobre el eje invisible de un deseo eterno de rodar, de avanzar siempre, aunque a la postre volvamos al punto de origen, pues ese es el fin de toda ruta trascendente.



Puente sobre el arroyo de Pando, "entrada a la ciudad en proyecto".

Más kilómetros. El paisaje se hunde a nuestras espaldas. ¿Se desvanecerá todo a nuestro paso? ¿Somos nosotros la única realidad y lo demás sombra? ¿O acaso nosotros somos sombras también de esa gran ilusión del mundo? Pero allá, frente a nuestra ruta, aparecen nuevas realidades de paisaje, que de nuevo serán devoradas y fundidas quedarán para siempre en nuestra retina. Nuestro cuerpo será tierra, que es otra gran realidad de nuestros sentidos, pero las ondas de color y de luz que hacen posible la impresión estética del paisaje, eternas girarán por la comba del universo.

Aun no estamos en pleno campo. El continuo cruce de vehículos y ómnibus nos indica que atravesamos zonas urbanas próximas. Y así es. Llegamos a Pando. Una ciudad en proyecto. Todas las ciudades de América lo son en proyecto. En ellas hay siempre una posibilidad por cumplir. Así como al estilo de París y Londres ya no le cabe ni un ladrillo más, en América siempre hay una posibilidad de enriquecimiento espiritual y físico. Pero Pando presenta a nuestros ojos grandes galpones descubiertos que hablan de futuras fábricas o depósitos. El futuro nos dará la respuesta.

Se espacia el campo. El tono verde se define en esmeraldas tersas de yuyos ondulantes, o en el oscuro aterciopelado de los eucaliptos. Se ven algunos campos con arboledas frutales, plantadas a cordel, simétricas, disciplinadas, próvidas en su aislamnento. A la vera del camino queda el esqueleto de una res. Huesos blancos, costillas en perfecta distancia de marimba aérea. La presencia de la muerte no entristece el paisaje. Todo lo contrario, realza sus proporciones, dando realidad una vida que fué y una vida que sigue en esta ondulación de cuchillas.

Nueva parada. Viajo sin itinerario conocido. No he leído el nombre de la localidad. Pregunto a un niño el nombre de la población y me contesta: "Soca, barro y mosquitos". Esta trilogía me traslada al recuerdo de mi tierra. En mi región, Valencia, "soca" es tronco, y barro y mosquitos son endémicos. Tierra suave para el labrantío, húmeda de gestaciones, fecunda de vida cósmica que el hombre ha de limitar para su propia conveniencia. Es demasiado pronto para oir el zumbido de los zancudos volátiles, cuya hembra siembra la muerte con la misma incontinencia que genera su propia especie; ellos prefieren las horas de los crepúsculos, con vapor húmedo de sol tibio y brisa suave, cuando más suave mejor.

¿Contemplaremos, al fin, el paisaje sin relación urbana? Sí, ahora parece que sí. Es la primera vez que experimento la sensación de sentirme acunado en marcha sobre la tierra. Estas cuchillas son maravillosas. El vehículo se desliza por la suavidad de las pendientes con rápidas alternativas, y de ellos resulta un balanceo de navegación de altura. El mar, verde de esta tierra acuchillada aparece y desaparece ante nuestros ojos, abriendo expectación en nuestra sensibilidad, ante la posibilidad de un nuevo horizonte. Así como en las tierras y paisajes que he conocido hasta ahora, las variaciones se presentan a diestra o siniestra, en el paisaje uruguayo toda incógnita la resolvemos de frente. ¿Pero hay aquí incógnita? Salvamos la cuchilla, nuestros ojos se adelantan a divisar el misterio, y nos encontramos con las mismas laderas jugosas de verde, y el rebaño d eucaliptos que crecen pasturando brumas y reflejos de estrella, y las mismas ovejas, bolas de lana oscura ante el escaparate de las alambradas, y los mismos caballos de cuello estirado sobre la tierra y las vacas con ojos de ensueño y de cansancio. ¿Dónde está, pues, la atracción de este paisaje, que físicamente parece monótono por su uniformidad?

He viajado jornadas y más jornadas por la Pampa argentina, y en la dilatación sin fin, todo parecía uniforme, pero de una pasmosa diversidad de matices. Igualmente he corrido jornada tras jornada por las selvas amazónicas y otras regiones selváticas de América, y a veces la impresión era que me había perdido, por creer hallarme en lugares ya frecuentados horas antes, y la misma sensación de misterio mantenía el espíritu tenso para la captación de la variedad en la aparente uniformidad. ¿Qué es lo que aquí, ante esta tierra uruguaya definida en ondulaciones uniformes, nos atrae hasta la obsesión, haciéndonos levantar la mirada en alternativa de pocos minutos, a la espera de algo inesperado? Indudablemente la densidad de sus tonos y la entidad de su ánima.

Es un paisaje despoblado, pero humanizado por su propia esencia terrígena. Otros paisaejs le ganan en magnificencia, los autiplanos andinos, por ejemplo, pero la grandiosidad de estos es deshumanizada. Una deshumanización a posteriori. Aquí la humanización es también a posteriori, pues presentimos que la vida debe ser fácil y agradable para los hombres que alguna vez afinquen su voluntad en ella. Por eso me disgusta lo de cuchillas, palabras con sabor a homicidio, y prefiero denominar a estas ondulaciones senos virginales que están esperando la maternidad prolífica. Y este verde jugoso del horizonte tiene el sabor de una mirada húmeda y sonriente de compañera fiel que nos espera el atardecer de cada día.

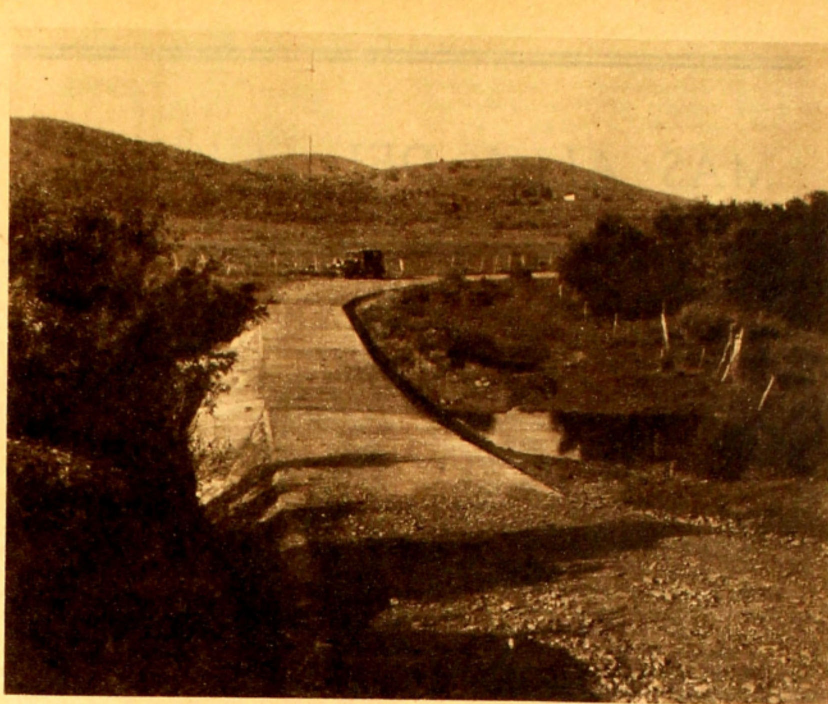
En este paisaje no hay engaño. Ahora mismo se ha cerrado el cielo con ceniza de nubes. El paisaje parece entristecernos unos momentos, pero los verdes resaltan ahora más intensos, se definen mejor sus contornos, el fondo se dilata, y la perspectiva adquiere una riqueza de tonalidades



Diviso las primeras montañas. El gris del horizonte adquiere una tonalidad definida.



Pasamos cerca de una laguna. No sé el nombre. Mejor, conociendo el nombre no podemos hacerlas tan nuestras.



Estas cuchillas son maravillosas. El vehículo se desliza por la suavidad de las pendientes con rápidas alternativas y un balanceo como de navegación.

que la claridad solar difuminaba. Sólo allá, a lo lejos, un rayo de sol entre nubes cae oblicuamente sobre un grupo de eucaliptos, que se convierten en hoguera verde de apretada llama. Estos efectos de claro oscuro, juegos de rayos solares sobre el paisaje, nos acompañarán casi hasta el final del viaje.

Más kilómetros. Frente a un casalicio suben al ómnibus media docena de muchachos. Salen de la escuela. Como granos de rosario humano van desgranándose en sucesivas etapas, hacia el hogar materno. Al reanudar la marcha, miro hacia atrás y veo sus batitas blancas dando clara luz al tono verde gris del paisaje. Ello son luz también en su alma. Estas escuelas rurales son la cuestión fundamental de la pedagogía moderna. ¿Mantendrán ellos su amor al paisaje de su infancia? ¿Sentirán los maestros ese mismo amor, satisfechos de su misión civilizadora? Las preguntas se multiplicarían hasta el infinito en este complejo problema.

Diviso las primeras montañas. El gris del horizonte adquiere una tonalidad definida, aunque opaca. Las piedras van apareciendo aisladamente por el llano, en promisión de cimas rocosas, y éstas forman el telón de fondo de un horizonte cerrado. Aparecen también boscajes de pinos y cipreses. En el parador de Solís, los pinos y cipreses forman selva. Sus conos horadan la red de los demás árboles y se yerguen con su verde intenso, destacándose entre la claridad de los otros verdes.

Divisamos Pan de Azúcar crucificando el paisaje con sus basos rígidos, clamando al vacío de los elementos. La suavidad de la montaña con su evocación de pan dulce y hogar temperado, se hace irritación con esta cruz clavada en la cabeza de un paisaje sin pecado, virgen por la tibieza de su luz y de su clima, materno por la suavidad de sus contornos, humano, sencillamente humano, en la posibilidad de sus perfecciones. ¿Por qué la cruz aquí, en esta tierra sonriente? ¿Qué pecados ha cometido el paisaje contra su propia tierra? ¿Los hombres? ¡Cuán lejos están de aquí! Pero si el hombre está lejos, cerca está la intención resentida de quienes odian la vida y en todo no ven sino el reflejo de su propia conciencia pecaminosa. Pero el paisaje sigue sonriendo, a pesar de llevar clavada la cruz en el ojo inocente de su horizonte.

Llueve. Las cortinas de cristal esmerilado cierran las distancias. Ya no hay luz de sol encubierto, sino claridad líquida que entristece las rutas de nuestra mirada. Pero la compensación es prodigiosa. Ha parado de llover. El paisaje aparece limpio después de la ducha. ¿Qué novedad es ésta? La de una señorita a la que hemos visto en la intimidad de hu hogar sin atavíos, y que a continuación vemos en la calle con todas las exigencias del buen gusto y la grata sonrisa. Con la diferencia que, en el paisaje, después de la lluvia, pasa al revés: el paisaje se nos muestra sin el afeite de los días polvorientos, en la pura esencia de su matiz y de su vibración. Como la lluvia ha disipado también las brumas ,el paisaje se nos aparece tangible, asible, nuestros ojos perciben la sensación de dedos sutiles que van aprisionando los relieves de las cosas. Un paisaje que siendo el mismo de antes de la lluvia, el baño lo ha cambiado hasta hacerlo más sensual, más concreto, más sereno, más afectivo.

Pasamos cerca de unas lagunas. No sé el nombre. Mejor. Conociendo el nombre no podemos hacerlas tan nuestras, porque es dando nombre a las cosas que tomamos posesión definitiva de ellas. Pero ya no podemos cambiar el nombre que les impusieron los primeros que se abrevaron en su reflejo, por eso lo mejor es dejarlas como un recuerdo en nuestra ilusión viajera.

Hemos llegado a San Carlos. De nuevo se cierra el horizonte y la lluvia se desploma vertical, con pesadez de puerta que del cielo cayera para cerrar todos los horizontes. Así hemos llegado a Maldonado. Ni un resquicio de sol que nos permita avizorar las calles. Lo dejaremos para mañana.

No hemos podido dormir meditando sobre el paisaje. Mientras la lluvia teclea sobre el parche de las terrazas y tejados, emborronó cuartillas. ¿Habremos captado el paisaje en alguna de sus cualidades anímicas? Será suficiente una visión fragmentaria y rápida para captarlo en sus aspectos esenciales? No. Ni en ruta viajera ni sentados. El paisaje es algo eterno en su realidad de tierra y cielo y algo mutable en la tonalidad de sus colores, que el hombre no podrá captar nunca en su esencia. Para ello sería necesario que el hombre tuviera, además de la capacidad sensitiva y emotiva, la raíz del árbol que se nutre de savia terrígena y jugo de horizonte, permaneciendo siempre sobre la tierra que le vió nacer, y la agilidad de las aves que taladran horizontes por las mismas rutas de su necesidad instintiva. Pero ser árbol, y ser ala, y ser hombre a la vez, sería convertirse en paisaje puro, pues integrado está por esas tres potencias genéticas, árbol para crecer, ave para volar, hombre para soñar.

Maldonado, 1951.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).



Los pinos se destacan sobre la claridad de la playa Atlántida.

MAS ALLA DEL SUICIDIO

ESTE título tiene una resonancia terrible. No lo hubiera escrito yo y ya entraría a sospechar, al leerlo —como cosa de falsía o estupidez— sobre lo que él traería. Título que parece escapado de una mente por bajo del nivel normal, sea por exceso de calenturientos trasnocheos, sea por meditaciones dignas de un pingüino. Pero es un título justo y cabal. No hay, no habría otro, para encabezar la historia que vamos a escribir en seguida.

*

Jacinto Bastarrica había decidido matarse. Era un hombre joven, lleno de vida. Había conseguido —exprimiéndole a su carne unos cuantos barriles de noble sudor— llegar a la posesión de 100 cuadras de campo: tropero, domador, carrero, puestero, capataz. Su voluntad había amarrado un bozal potreador a los vicios —que a veces le saltaban por ojos y boca—; pero consiguió su deseo: verse dueño de un campito. Levantó un rancho tieso y firme como él. Y decidió casarse. De amoríos anduvo como un año con Pastora Perdomo. Bueno. Vamos a abreviar. Pastora Perdomo lo dejó por Patricio Rodríguez. Ese día, el día que ella le dijo, fría y calmosamente, que le devolvía su amor y su palabra (sin devolverle dos anillos, un par de aros, un collar, un pañuelo brasileño y un frasco de colonia, que de él había recibido en el correr del año) a Jacinto le pareció que sus 100 cuadras de campo se apretaban y quedaban reducidas a un montecito con una cruz de palo encima. Fué cuando, sin darle más vueltas al asunto,. decidió matarse. Amartillaría el Colt, apretaría un dedo, ¡pum! y al otro mundo, Jacinto...

Y el trote de su tordillo seguía punteando el camino. Tenía que dejar algo dicho a las gentes. A su aparcero Urbina, al comisario Tellechea, a su ex patrón y padrino don Juan Percíncula y a ella. Pero la cuestión es que no sabía "escrebir". No se iba a presentar a los dichos y declararles: —Me viá pegar un tiro. —¿Por qué?, le preguntaría Urbina. —Por tal cosa. —¡Pero hermano, ninguna mujer vale ni medio vintén de pólvora! Y fijate que cada bala la están cobrando a medio rial... —¿Por qué?, le preguntaría el comisario. —Por tal cosa. —¡Pero, Jacinto, si deberías de regalarle la mitad de tu campo a Patricio Rodríguez por haberte sacao de ese apuro! —¿Por qué?, le preguntaría don Juan Percíncula. —Por tal cosa. Y don Juan Percíncula a lo mejor lo sacaba a patadas puerta afuera, pues era muy bruto. —¿Por qué?, le preguntaría ella. —Por vos. Y Pastora abriría la jareta y le azotaría con una risada como la última que le dedicó después de decirle: —Mirá, entre un ñandú y vos me quedo con el ñandú. Porque al ñandú lo puedo desplumar sin comprometerme...



¡Ya quisiera yo verlo a él en el lugar que estoy yo!

Y el tordillo seguía punteando el corredor. Tenía que "escrebir" y no sabía hacerlo. Y tenía que pegarse un tiro.

En eso sintió un grito: —¡Jacinto! Volvió la cara. Iba pasando frente a la pulpería del "finao Bagre". Su viuda, Francina Machado, estaba en la puerta y era quien le había gritado. Había quedado viuda y al frente del negocio, sola, sin hijos, sin más compañeros que el perro Bastillo y el gato Mandinga. —¡Alléguese, Jacinto!, le llegó al hombre en otro grito. Involuntariamente terció la muñeca y allá atracó el tordillo junto a la puerta.

Con espacioso paso entró Jacinto y se dejó caer en un banco. —Pero... —exclamó la viuda medio sobresaltada por el lamentable aspecto del hombre— ¿qué le pasa, Jacinto? —Y... nada. Aflojó el barbijo, se sacó el sombrero, y se rascó largamente la cabeza. —¿No quiere tomar algo, Jacinto? ¿Un refresco? —Mire, —respondió éste al cabo de una profunda meditación—, sírvame una caña doble. Sirvió en silencio ella. Tragó un buche Jacinto. Y después dijo: —¿Usté sabe escrebir, Francina? —Claro que sé. —¿Me podía escrebir cuatro cartas? —¡Cuatro! Vea que son las tres de la tarde. —Y, bueno, cuando escurezca priende las velas. —¿Pa quién son las cartas? —Pa Urbina, pa... Mire, Francina: esta noche me vió pegar un tiro y... —¡Ave María Purísima! ¡Usté está loco! —Si tuviera loco no me pegaba un tiro, me pegaba cuatro o cinco. —¿Y por qué, cristiano, va a cometer ese hecho? —Pastora me dejó por Patricio Rodríguez —murmuró en tono sombrío el hombre—. —Mire, Jacinto, —así empezó su discurso la viuda, discurso que terminó a las 11 de la noche, trancada la puerta y vacío el botellón de caña. Debemos abreviar. Francina pasó a ocupar el rancho de Jacinto después de pasar por el Juzgado de Paz de la quinta sección de un departamento fronterizo. Y Jacinto Bastarrica, sin pegarse el tiro que había proyectado, entró en el infierno. A veces, apartado del pago, en alguna tropeada se apartaba de la ronda, tiraba un cuero al suelo y él se tiraba sobre el cuero y pensaba: ¡No sé, ni lo sabré nunca, cómo juí a caer entre las manos y las patas de la Francina! Sabía que había terminao con el Bagre, que jué como matar un tigre con la ramazón de un zapallo; sabía que los trucos enredaos de tantos ella los concluía a garrote; sabía que a los mamaos les devolvía el fresco con un porrón que le llamaban por mal nombre "el baqueano". Sabía todo eso y juí a caer entre sus manos y sus patas...

*

Cierto amanecer golpearon en la puerta del rancho de Jacinto. Abrió y se encontró con el milico Sebastián Camejo. —Don Jacinto — le comunicó éste — el comisario le manda decir que vaya deseguida. Apareció ahorcao un hombre en el galpón de lo de don Torres y naide sabe quién es. Usté, que ha caminao algo, a lo mejor lo conoce.

Allí fué Jacinto. En el galpón estaba el comisario, dos guardia cíviles, y cuatro o cinco mirones entre los que se hallaban dos chinas peonas. De lejos, todos contemplaban el cuadro macabro. Ladeada la cabeza del hombre. Un gesto espartoso se había petrificado en el rostro amarillo. Imponía aquel cuerpo colgante al que un leve y pausado balanceo hacía más siniestro. —¿Lo conocés, Jacinto? —Sí, señor. Es Macario Santos, al que le decían el Bandurria, pión que jué de don Wenceslao Lima, estanciero de Rivera. Se hizo un hondo silencio. Uno de los mirones habló después: —¡Pobre hombre, qué vida habrá llevao pa llegar a este trance! Jacinto emitió una risa breve, seca, despectiva, y dijo, con cierto toque de duda: —¿Pobre hombre...? El que habló primero medio se sulfuró. Y expresó: —¡Ya quisiera yo verlo a usté en el lugar que está él! Jacinto respondió: —¡Ya quisiera yo verlo a él en el lugar que estoy yo! Entonces el comisario dió dos pasos hacia Jacinto y le preguntó, medio extrañado, medio colérico: —¿Por qué decís eso? —Mire, comisario, —respondió calmosamente pero con firme voz Jacinto— este hombre se quiso susuidar y se hizo el gusto. Yo quise hacer lo mesmo... y me susuidó Francina Machado. Así es que sáquele lo que le sobra...

*

El que me contó esto —testigo ocular del caso— expresó solemnemente que después que Jacinto traspuso el portón el muerto se puso a reír.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA).
Dibujo del autor.



ITINERARIO DE CUBA:

EL ESCULTOR FERNANDO BOADA

ALGUIEN dijo que la arquitectura es una música congelada. La frase no luce exacta porque la armonía de las líneas tiene su equivalencia — al revés — con la línea de armonías. Ante la escultura, muchas veces hemos pensado algo así: es un grito detenido, es un gesto aprisionado, es una ráfaga cristalizada. La cuestión es detener el grito, aprisionar el gesto, cristalizar la ráfaga. Lograrlo es lo difícil. El escultor debe ser un poco demiurgo para vencer el tiempo. Y, cuando lo ha vencido...

Ahí están los museos siempre vestidos de novedad con sus mármoles y sus bronces. Ahí están los monumentos conmemorativos sin que los melle el monótono oleaje de las horas. Ahí están, impasibles al "renovarse o morir" del dilema dannunziano. Mientras la vida teje y desteje —Penelope universal — sus madejas de tiempo, la escultura permanece en su fecunda inmovilidad. A su alrededor vibra y crece la dinámica estética: pero ella mira, segura e indiferente, desde sus cuencas de piedra...

Hago estas disquisiciones en el estudio del escultor Fernando Boada. Mientras el artista muestra este boceto o aquel incipiente modelado, la imaginación sigue su espiral ideológica. Efectivamente: aquí está el cotidiano milagro del Genesis, el mundo recién nacido de unas manos creadoras. La arcilla responde como una aguja magnética al imán de la inspiración. La ráfaga queda encarcelada. Luego se libertará en la admiración de los que la contemplan.

Rápidamente el escultor trabaja. Parece acariciar el barro. Obedece a una matemática instintiva. Aquel ángulo, este rictus... Todo gira en su afanosa búsqueda de un minuto concentrdo. Afuera, los pinos susurran dulcemente para acompasar con su música en penumbra la labor del artista. De pronto, el escultor sonríe. ¡Ha encontrado el golpe de luz! Y amasa y divide y perfila el limo maleable. Mira a su compañera, comprensiva y solícita. Ya nace el torso admirable, ya surge la cabeza espléndida... Ahora puede caer la tarde. Siempre habrá un amanecer en las pupilas mudas...

Así trabaja este escultor cubano. No haré un elogio suyo porque basta su galería para asegurar su prestigio en nuestro mundo artístico. A través de toda la isla se encuentra su firma. Se le cotiza bien. Sería cosa de asombro hallarle mano sobre mano. De aquí o de allá le vienen los encargos.

Su trayectoria es fértil. Nació en La Habana en 1902. Como casi todos nuestros artistas, hizo sus primeros estudios en la Escuela de Artes Plásticas "San Alejandro". Al graduarse, le aguijoneó el ansia de anchos horizontes: París, Madrid, Barcelona. Vivió intensos días de bohemia, que aún evoca con un dejo de nostalgia. Y, en la capital de España, obtuvo un resonante galardón, primer laurel de su camino. Su "Cabeza de Niño" mereció, junto a obras de consagrados escultores como el maestro Mariano Benlliure, ser reproducida por los periódicos madrileños. El eco de ese triunfo llegó a Cuba.

Al regresar, expuso en el Primer Salon Nacional, en 1935. Su "Inoa Voluptuosa" alcanzó uno de los primeros premios. Entonces el Ministerio de Educación le ofreció una beca de viaje. Salió otra vez de la patria, rumbo a los Estados Unidos. Anduvo, cazador de emociones, por los grandes museos de Norteamerica. Poco tiempo despues volvió a Europa. Más tarde, unos mese sen Méjico. Y, en todas partes, dejó huellas de su vasta producción. En el estado de la Florida hizo trés exposiciones, con buena acogida de crítica y de venta.



Monumento a Franz H. de Beche, que en un naufragio cedió su salvavidas.

En Cuba, tiene obras en todas las provincias. En La Habana, dentro del perímetro de la capital, Fernando Boada ha realizado bellísimas interpretaciones. Así, al simple recuento, recordaremos el monumento evocativo de Franz de Beche, emplazado en el Parque Juvenil José Martí. Es un tributo a un esforzado atleta cubano que, en el trágico incendio del vapor "Morro Castle", ocurrido allá por 1937, cedió su salvavidas a una compañera de viaje y fué a enfrentar la muerte entre las olas...

Otra escultura digna de aplauso es la que ornamenta la entrada del Palacio de Convenciones y Deportes. Ha sido denominada "La Meta" y es la perfecta expresión del movimiento. Una bella mujer, en cuyas formas se adivina el ejercicio deportivo, se encamina hacia la estrella. Es una invitación a la marcha, al lado de ella, sin dejar de mirarla...

Obras muy conocidas de todos los habaneros son las que exornan algunos panteones en el Cementerio de Colón. Sobre la tumba de Víctor Muñoz, inolvidable periodista que instituyó entre nosotros la celebración del Día de las Madres, se erige una noble figura de mujer, símbolo de las que todo lo sacrifican por un hijo. Cada segundo domingo de mayo, la clase periodística se congrega en el lugar donde duerme el compañero. Allí, a los pies de la madre venerable, se ratifica la devoción suprema a la que nos dió el ser. Boada ha logrado hacer una estatua severa, hacia la que se vuelve la mirada respetuosa.

También en la propia necrópolis, sobre la bóveda de los deportistas, se yergue un admirable mármol: el atleta consagrado por la inmortalidad. Es un trazado fuerte. Impresiona. A nuestro juicio, expresa realmente el tránsito a la gloria. Es un trabajo que puede satisfacer a cualquier escultor.

No vamos a seguir el itinerario íntegro de las obras de Boada. En muchas localidades cubanas se alzan bloques alusivos a la maternidad. Es una idea que ha prendido en la conciencia popular. El ha logrado, sin repetirse en el tema, igual, poner un soplo de arte en cada una de estas tallas.

En Camagüey, ciudad muy señorial, Boada tiene dos monumentos representativos de claros valores cubanos: bustos de Carlos J. Finlay, el sabio que descubrió el agente transmisor de la fiebre amarilla, y de Enrique José Varona, el filósofo cuyo centenario acaba de conmemorar la República. En Bayamo, la cabeza de Perucho Figueredo, autor de nuestro Himno Nacional.

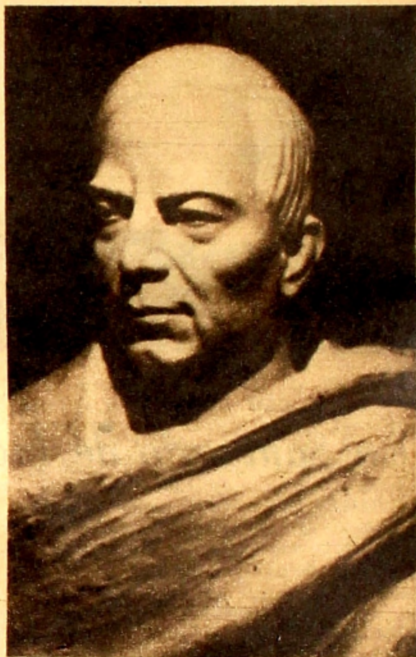
Así, en diversas poblaciones, Martí, Cespedes, Maceo y otros próceres de nuestras guerras de independencia, han encontrado en Boada un feliz intérprete. En La Habana, puede verse su firma en los jardines de la Universidad, en el bronce que recuerda al geógrafo Esteban Pichardo; y a la entrada del Ministerio de Agricultura, en el que recuerda a Alvaro Reynoso, el estudioso de nuestra caña de azúcar. En el Ateneo, los bustos de Varona y del historiador Rodríguez Lendián.

Cuando un nombre se ha multiplicado en muchas obras, es justo el reconocimiento de sus conciudadanos. Eso hago con estas notas escritas para lectores del Sur. Mientras tanto, el artista trabaja. Yo le observo y sé que todavía hay muchos soles en su cielo interior. Moldea apasionadamente y yo recuerdo la frase de José Martí: *Los apasionados son los primogénitos del mundo.* Del barro informe, nace el ala radiante. De la raíz oscura, la sonrisa de la flor.

Andrés de PIEDRA-BUENO.

La Habana, 1951.

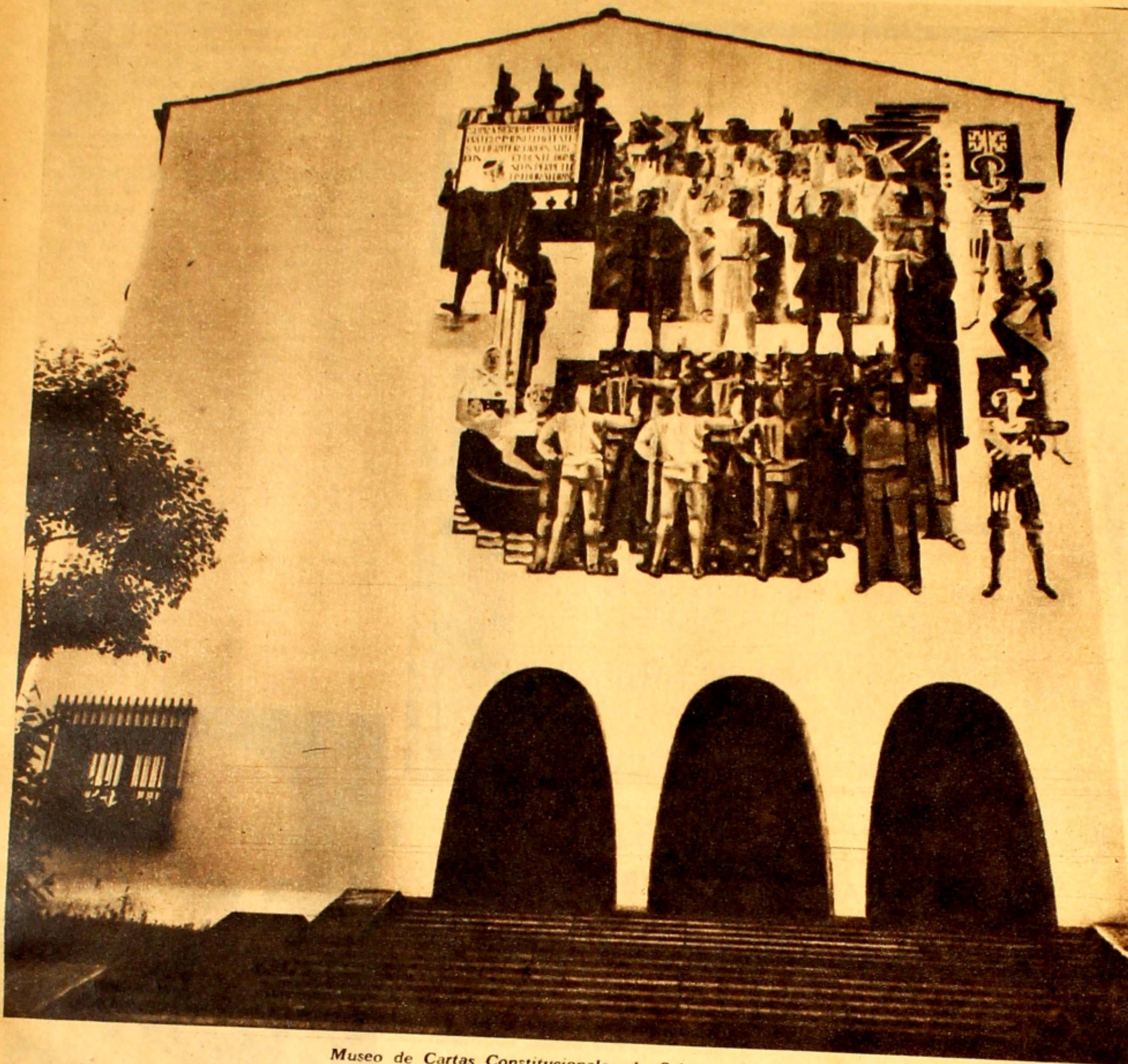
Especial para EL DIA.


Juárez, el indomable que salvó la libertad de su patria. (Mármol, en el Palacio Presidencial).


Madre india.


El escultor Fernando Boada moldea un busto del artista de cine Bebo Alonso.


Romántica en mármol negro del valle de Viñales.



Museo de Cartas Constitucionales de Schwyz (Suiza).

Un Santuario de Independencia y Unidad Nacional Suizas

SIEMPRE es de interés y actualidad ocuparse de todo valor espiritual que represente algo constructivo constante para la vida de la familia o de los pueblos. La familia y la nación son dos pilares inconmovibles de nuestro tiempo en torno de los cuales edifícase cuanto significa progreso y civilización. Cuando alguno de estos dos pilares se resiente, es que los valores fundamentales del progreso y de nuestra civilización están en crisis. Si alguien lo pone en tela de juicio, examine las causas básicas de la crisis por que atraviesa hoy el mundo de aquende y allende nuestros continentes. Las causas han sido y son: el menosprecio o abandono de los derechos del individuo como partícipe de la familia y de la nación, ya sea en lo que ambos representan como elementos de cultura o de ciudadanía política. Tras nuestras crisis contemporánea mundial se ven en quiebra o amenazados aquellos valores de independencia y solidaridad humana que encarna el individuo como miembro de la familia o de la nación. Ni más ni menos que, repetimos, los dos pilares sobre los cuales se asienta más sólida y constructivamente la vida social y política en los Estados progresistas y civilizados.

Con vista a los valores simbólicos y constantes que encarnan la familia y la nación, procuramos siempre, en nuestros viajes por el Viejo Mundo, otear el culto que guardan hacia una y otra en sus instituciones. Más aún cuando el Viejo Mundo pretende para sí el honor y la gloria de ser el arcano y centro de la llamada Civilización Occidental. ¿Dónde comprobar o ver plasmado estos valores si no en sus instituciones y en el espíritu que las alienta? En la familia, por ejemplo, el amor a la propia sangre, el culto a los padres, y a la tradición que éstos o sus antepasados encarnen de solidario, de continuidad en los valores fundamentales de la familia son exponentes de aquel espíritu civilizador. En la nación hemos de buscar idénticos valores. Cuanto tienda a mantener el amor al propio pueblo, el culto a las instituciones que le han dado vida, al espíritu tradicional que les alienta y perdura como elemento solidario entre el ayer, el hoy y el mañana son asimismo exponentes civilizadores.

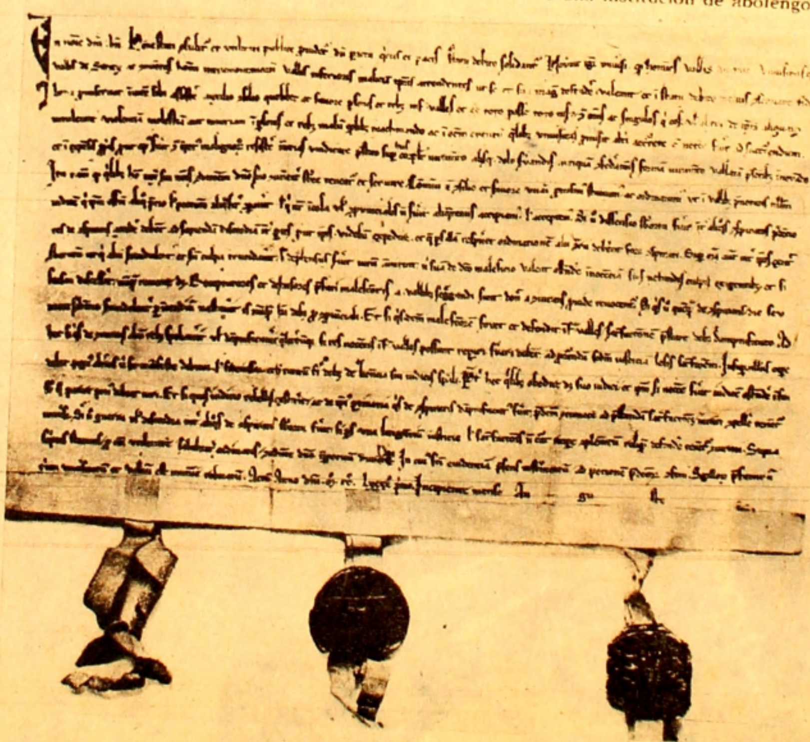
Pensando así acerca del espíritu de la familia y de los pueblos, topamos un día en Suiza con una institución simbólica de éstos y sumamente interesante. De doble interés porque la institución a que nos referimos se hallaba al margen de las grandes ciudades o aglomeraciones ciudadanas. Es usual levantar instituciones, museos, etc. en grandes urbes o en las capitales de la nación. En Suiza se las ve hasta en los lugares o pueblos más apartados y pequeños. Un ejemplo hemos visto en Schwyz, centro de un pequeño cantón helvético que cuenta todo él solamente con 70.300 almas; la villa misma de Schwyz tiene apenas 10 mil habitantes. Estas circunstancias extrañas de lugar y población tan ínfima sorprenden mucho más al examinar la índole de la institución que nos ocupa. Se trata de un Museo de Cartas Constitucionales. Es decir: de una institución de abolengo político y nacional. Por todo ello cabe preguntarse. ¿Por qué dedica la Confederación Helvética un Museo a sus constituciones? ¿Por que precisamente en Schwyz, mejor que en Berna, capital de la nación suiza?

No es necesario conocer el espíritu que Suiza alienta para percibir a simple vista que el Museo de Cartas Constitucionales de Schwyz es una manifestación de cultura política del pueblo helvético. Porque este Museo es más bien un monumento a su pasado individualista, a la tradición solidaria de su familia nacional y a sus valores constructivos. Estudiando el contenido de su veintena de documentos políticos y Cartas Constitucionales, pronto se verá algo más que una mera manifestación de cultura política Es un auténtico santuario viviente del espíritu que alienta aún la vida de todo el pueblo suizo. Todos los documentos constitucionales o políticos que guarda el Museo de Schwyz respiran los aires de independencia personal y colectiva y de solidaridad nacional que ha mantenido y mantiene en vida todavía hoy a la pequeña nación centroeuropea.

Desde el primer documento, que luce la fecha del 26 de mayo de 1231 y pertenece al diminuto cantón confederal protopríncipe de Uri, como los de cantones tan poderosos cual Zurich, del 16 de octubre de 1291; Berna, con el suyo del 6 de marzo de 1353; o Basilea, del 9 de junio de 1501, etcétera. En la Constitución contemporánea como en la Carta Magna Fundacional de la Confederación Helvética, formada originariamente el 1º de agosto de 1291 por los tres cantones de Uri, Schwyz y Nidwalden, se plasma casi invariable el mismo espíritu ciudadano suizo. "En el nombre de dios...", rezaron ayer y hoy las primeras palabras de su Constitución confederal. Esto no es óbice a que convivan respetuosamente entre sí confesiones distintas cual la católica, la protestante, la israelita, etc. "Unánimemente juramos y prometemos no tolerar en nuestros valles a ningún magistrado extranjero . . .". Idéntico espíritu de soberanía e independencia sigue alentando en este pueblo, cuya neutralidad a ultranza no es sino un reflejo indomable para mantener incólume en nuestro tiempo aquel principio fundacional normativo del año 1291. ". . .considerando la gravedad de los tiempos y a fin de hallarnos en mejores condiciones para defendernos y conservar en su integridad nuestras personas y bienes, juramos de entera buena fe ayudarnos y socorrernos mutuamente, los unos a los otros, con nuestros actos y nuestros consejos, con nuestros brazos y nuestros bienes, con todo nuestro poder y nuestra fuerza, contra todos y cada uno que cometa contra nosotros o contra cualquiera de nosotros un acto de violencia o de injusticia". Tal respeto recíproco al individuo y a la colectividad sin quebranto de uno u otra, tal espíritu solidario personal y nacional frente al atropello, a la violencia o a la injusticia tampoco ha desaparecido en la Constitución ni ha podido ser superado. Son valores eternos que los hombres suizos del año 1291 sentaron para que duraran, "en interés y provecho de todos, eternamente con la ayuda de dios".

¿El por qué está este Museo de Cartas Constitucionales y documentos políticos en Schwyz, pequeña villa, centro de su cantón, en lugar de Berna, capital de la Confederación Helvética? Porque Suiza rinde con ello pleitesía y reconocimiento al primer cantón que iniciara la unidad helvética en 1291. Fueron los hombres de Schwyz que reconocieron antes que ningunos otros la necesidad de unirse confederalmente en nación o grupos de cantones helvetas de idénticos sentimientos, intereses y futuro nacional. Esta constructiva visión señera protopríncipe le ha cabido en gloria y loor al pequeño cantón de Schwyz. Por ello se lo ha elegido como culto al patriarcado o génesis de la gran familia suiza, cuyo abolengo fundacional y jerarquía honrosa debe lucir el cantón originario. Es a modo de respeto tácito al derecho de primogenitura hacia el lugar pequeño que sentara como ningún otro los grandes jalones fundamentales de la unidad de su pueblo. Y sin otra manifestación de fuerza o poder para ello que la del acierto tenido al elegir los sanos principios que alienta de Carta Magna constitucional de 1291, año de gracia para la Confederación Helvética. Es, pues, culto y tributo a un santuario de cánones solidarios de unidad e independencia de un pueblo pequeño que ha acertado a regirse hasta hoy con aquellos principios como acaso envidien muchos pueblos tenidos por grandes.

S. D. B.



Carta Magna de 1291.

EN EL CENTENARIO DE VITAL AZA

EL SIGNO DE "MADRID COMICO"

LOS hechos parecen querer demostrar que aquellos años 1850 y 1851, de feliz y centenaria memoria, tuvieron no sé qué astrológica influencia teatral sobre los críos que en España entonaban las primeras arias mocosas al son de maternales coros. Ya he aludido al centenario de D. Tomás Bretón. Y hoy la prensa diaria me informa del de Vital Aza. Ya estaban en potencia los serenos de "La Verbena de la Paloma" y el perro que nunca se sabrá si estuvo hidrófobo de "El Rey que rabió", por no citar sino la zarzuela más difundida hasta nuestros días con letra de un médico asturiano frustrado que nadie conoció por el Dr. Aza, porque sencilla y castizamente todos lo designaron Vital Aza. Dejó bastantes sainetes y abundó en la "comedia asainetada y de gracia chispeante", de todo lo cual llegó a cotizarse en nuestros escenarios de principios de siglo "Zaragüeta". Dicen los que saben que escribió mucho en revistas del tipo de *Jaque Mate*, *El Cohete*, *Gil Blas* y *El Garbanzo*. Y agregan: "*en sus ratos de vagar escribe algunas composicioncitas ligeras en el "Madrid Cómico"*.

"*Composicioncitas ligeras...*" "*Madrid Cómico...*" Oh, la sal de la ciudad del oso y del madroño. Se leen aquellas colecciones, aquellas ocho carillas grandotas, generalmente litografiadas —con fobia a la fotografía—, en las que domina un sentido humorístico de la vida y se piensa necesariamente en el signo y el destino de aquella tierra que siempre fué punto de partida generoso para todos y entre una sonrisa y una tragedia complicó la visión de las metas. *Madrid Cómico*, aventura de D. Miguel Casañ en 1880, continuada luego por la pluma ágil de D. Sinesio Delgado y, más tarde, por D. José de la Loma, da la pauta para interpretar un ángulo de la vida madrileña, con sus manolas y sus horteras y sus chulapas y sus toreros. Estos tomos que tengo a mano corresponden a los años inmediatos anteriores y posteriores al famoso 98, de la no menos famosa "Generación". De la generación que en siglas de "Corpus Barga", fué designada VABUMB, con las iniciales de Valle Inclán, "Azorín", Benavente, Unamuno, Maeztu y Baroja. De la generación que buscó en lo trascendente las causas de la decadencia española. Quizás de las pocas cosas serias, y hasta aceradas, que se leen en estas colecciones incompletas de *Madrid Cómico* que tengo a mano, proceden precisamente de dos hombres del grupo —muy poco grupo, por cierto— que tanto haya dado que hablar. Pues a J. Martínez Ruiz (que aún no firmaba "Azorín") le dió por hacer ciertas críticas al estreno apasionante de la "Electra" de Galdós, lo que motivó un brulote terrible de Maeztu, que consideraba a su contemporáneo como ex-anárquico y entonces jesuítico. Todo violencia y encono. Porque la GENERACION se inició así, como el espada cuando entra a matar. Pero ello marca evidente contraste con el tomo general de la publicación, en la que si bien no faltaban las críticas violentas de Leopoldo Alas (*Clarín*) en sus *Paliques*, las de Antonio de Valbuena en sus *Ripios* y las de Bovadilla (*Fray Candil*), bajo el título de *Baturrillo*, la dominante era la búsqueda de hacer reír, aunque fuera a costillas del prójimo que caía en sus redes. He dicho "la dominante". De esas dos columnas macizas, surge como llamarada por qué Madrid siguió por muchos años reuniéndose en los cafés, entre dicharachos y pullas. Ahí está una parte de la explicación de las peñas. En el número primero de la tercera época (1899), bajo Loma, Luis Taboada comenta el fenómeno: "*Aquí lo cómico triunfa sobre todas las demás manifestaciones de la inteligencia humana, y hemos llegado en este punto a tal extremo, que si nos dan a escoger entre una comedia trascendental del señor de Ibsen y un juguete lírico de Paso y Alvarez, con música de Quinito, nos vamos desde luego a ver lo segundo*". Es cierto que Taboada aquí —para ser sincero— se ríe de la risa. Bien pudiera Benavente, varios lustros después, caer en la designación de "*La ciudad alegre y confiada*". Frente a todo ello yo me explico el asombro que demostraba en este dormilón Montevideo aquel magnífico escritor y ministro de España D. Enrique Díez Canedo, cuando me decía: "*Yo* (marcando bien el io) *no sé qué pasa, en Montevideo no hay un lugar decente donde se pueda departir a las cuatro de la mañana*".



SINESIO DELGADO, por Rojas.

"Primero entre los primeros
es aquí donde le ves,
Sinesio Delgado es
el "non plus" de los COPLEROS".
M. C. 7/10/99.



VITAL AZA, por Cilla.

"Su talento y su estatura
regañaron una tarde,
por cual de los dos podría
presumir de ser más grande,
y para que el duelo fuera
en condiciones iguales,
los padrinos obligaron
al talento a arrodillarse".
M. C. 9/12 1899.

Juan Pérez Zúñiga, Felipe Pérez y González, Vital Aza, Fiacro Iráizos, si bien constituían algo así como un contracanto del 98 eran una carcajada, todo lo intrascendente que se quiera, pero carcajada al fin, aun en la época en que se venía abajo, con la guerra de Cuba, todo lo que había sido grandeza española. Mientras los del 98 querían rehacer —no sé si lo lograron—, estos autores de cuartetas y de quintillas jocundas buscaban en el ingenio de una consonancia dislocada o de un octosílabo estridente la risa franca del lector, con lo cual se alejarían todos los otros grandes problemas que han seguido suscitándose hasta ahora. Aquellos señores con toda la barba y con botas, que solían quejarse del empleo administrativo, al que sumaban generalmente alguna carrera liberal no ejercida, demostraban una falta de seriedad extrínseca, posiblemente equilibrio de la seriedad íntima que los llevaba a ganarse el cocido o las judías diarias con altibajos de versificación. Repito que serían intrascendentes las versadas escapadas de las manos, pero frente a otros tipos de publicaciones humorísticas, ¡qué ventaja la suya! Aquello, por lo menos, era sano. Y desparramaban más sal que en una ecuación química. No siempre estarían de vena. No todo sería de primera calidad dentro del género. Pero muchas veces se advierte una acertada de esas que valen por un año de tonterías en otros periódicos. Tuvieron incluso influencia en estos medios. El *Caras y Caretas*, especialmente el montevideano, hasta en el formato, *La Fusta*, que ya comentara, algo en *Rojo y Blanco* (si bien éste se acercaba más al tipo del *Blanco y Negro*) y en el *P.B.T.* porteño, mostraron seguir huellas de la hoja madrileña. No nos querían mucho a los americanos. Por cierto que no les hizo gracia que un premio gordo de Madrid cayera en Montevideo. Pero, en fin, no olvidemos que habían tenido sus pretensiones... y que Pío Baroja nos trata peor en "*Juventud, egolatría*".



RAMON CILLA, por Navarrete.

"Correcto y elegante,
ingenioso, satírico y fecundo,
es Cilla el dibujante
que más ha dibujado en este mundo"
M. C. 21/10/99.



MIGUEL CASAÑ, por Sancha

"Fundó el primer MADRID COMICO;
es poeta y es autor...
"Miguel Casañ, por lo tanto,
es mártir y fundador!"

Los dibujantes eran muy buenos. Ramón Cilla, excepcionalmente trabajador, Sancha, Santana Bonilla, Leal da Cámara, Navarrete, Medina Vera, Luque, Rojas... Los apuntes del natural de Marín son siempre obras de arte. De esos lápices se escapa una alegría, una euforia permanente, quedan también el signo de la publicación.

¿A quién, sino a ellos, se les pudo ocurrir iniciar un concurso con el tema: *¿Cuál es la mayor inocentada?*, que provocó cientos de respuestas, que van desde aquella fuera de concurso de Eusebio Blasco:

La mayor inocentada,
es hacer labor honrada
para la masa oprimida,
en una nación dormida
que no se entera de nada.

hasta la que obtuvo el primer premio, de Celestino Vichy de la Peña:

La del Señor Soberano
al dar a la raza humana
apetitos de gusano
y colocar la manzana
al alcance de la mano.

Y el premio fué concedido por un jurado, que falló en verso, integrado por Vital Aza, Tomás Luceño y Sinesio Delgado. Vital publicaba sus biografías de hombres célebres, entre las cuales una saladísima del emperador Tito. Era gente que se desbordaba en versos chispeantes, hechos con una facilidad inimaginable. Parece que dormían en verso y transitaban en medio de coplas. Felicidad la de Acuña de Figueroa si hubiera vivido en esa época y lugar.

El teatro, lógicamente, tenía que preocuparles. Y, muy especialmente, las coristas, cuyos atuendos elementales eran recatadísimos para una percepción contemporánea.

Los que nos van resultando decididamente viejos son "*Clarín*" y Valbuena. Muchas veces tenían razón. Pero exageraban su crítica contra el simbolismo. Y no se le puede perdonar al primero — aun reconocidos talento y cultura— su fobia contra Rubén Darío.

Y entre las publicaciones de valor duradero, hay coplas murcianas, intensas, de Vicente Medina, a las que he de aludir en próxima publicación.

J. C. SABAT PEBET.

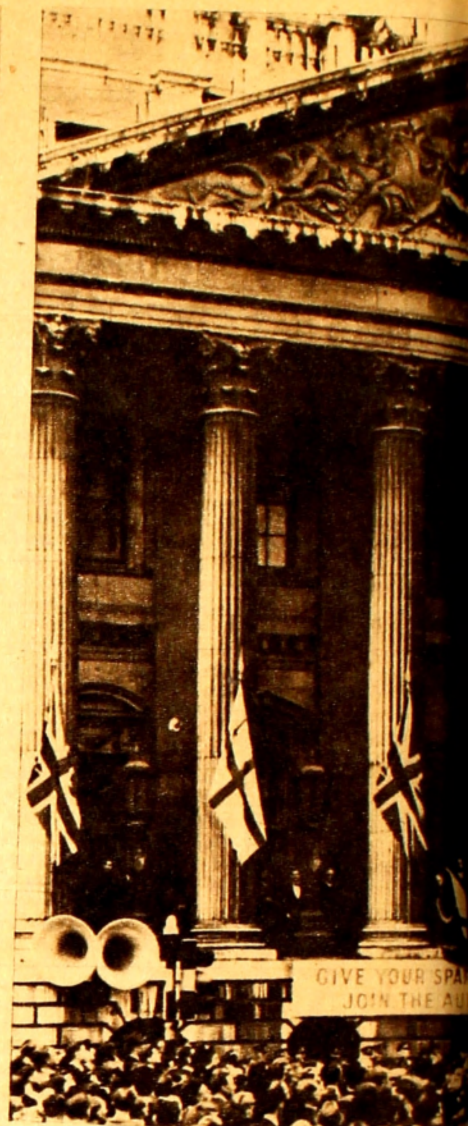
(Especial para EL DIA).



Siglo XIX, el inmenso anacronismo gótico del Parlamento.



¿Hay algo más siglo XIX, más londinense y británico que el Nelson a la romana en la plaza de Trafalgar?



...emplo griego...

LO VIEJO, LO N...
EN LA LUCHA...
DE...

SE inyecta Londres, en estos días, un estupefaciente enérgico (dosis de fe y de confianza, y de sueños febriles al mismo tiempo): el Festival-Exposición Británico. Ostentación. Realizaciones. Permanencias inglesas.

Se comprende bien la necesidad de cordiales fuertes, en la Inglaterra de hoy. Y que seducirse quiera, y enfebrecerse, país sometido a drama y lucha interiores an intensos. Porque no es fenómeno simple, ni peripecia leve, ni pequeño drama, el marcado descenso de la nación británica por la escala moviente y eterna de los Imperios nuevos, y de los Imperios viejos. Escala de navío en mar inquieta. El destino, en la inquietud. Cada peldaño, de jerarquías mundiales hecho. En la jerarquía permanente de la potencia. Y, más aún, en el prestigio de la potencia. Infame la palabra ("prestigio") cuando de potencia se habla. Pero bien irrevocable al fin. Aunque no lo quiera uno, de esos prestigios de poder el mundo se hace. Y se hizo. Sin que lo cambie nadie. Mayor tragedia, además, cuando no se resigna el pueblo en grado descendido. Ni se entrega. Porque vibre aún su fuerza íntima. O la sienta vibrar. O la presienta. O fuego sagrado arda todavía en el hogar de sus capacidades. Y cuando tal peripecia se realiza, aun el sueño del estupefaciente vale.

Acaso lo mejor de la Inglaterra de hoy (porque así fuera la Inglaterra de siempre) en el poder de esa confianza se halla precisamente. Con la fe. En la tosudez británica, mil veces ya puesta a prueba (¿quién olvidó 1940?). Y fuerte es la prueba, hoy, como no lo fuera nunca. Con tanta ideal grandeza en el esfuerzo de ahora para recrear prestigio sin riqueza (o más) como hubo mundial potencia en su prestigio de ayer. ¿Quién no comprende, pues, que ánimo nuevo se cree la Inglaterra de hoy exhibiéndose su propia obra, buscando en ella signos del destino, o la propia justificación de la confianza en "su" destino inmediato? ¿Dedicadas la fe y la confianza — se pregunta uno—, y el sueño (modos del Festival) tan sólo a la Gran Bretaña, y a la Comunidad británica de naciones, en mayor caso? ¿Prueba para sí mismo de lo que da todavía la propia capacidad, o (mejor) sueño de lo que aún podrán dar las propias capacidades? No es inglesa esa manera. Todas las exposiciones, cierto (también la de Londres hoy), son producto de uso interno y ofrenda al viajero simple, y extranjero, que sabe observar y ve. Ofrenda además, ésta de Londres, a ese otro extranjero, también simple, o avisado, que se inquieta, o se satisface y goza según su intención, su plano, o su deseo (o su inconsciencia), ante el descenso evidente de la clásica Inglaterra. Ignora la mentalidad inglesa quien no advierta o no compruebe esta ofrenda preferente. Porque es inglés, y característica inglesa, la concepción del hombre hecho para superarse siempre. La concepción de la vida, camino duro que sube, pero no desciende nunca. Y las concepciones... se prueban y se comprueban. O se mueren. Y se prueban con hechos, siempre, en la singularidad inglesa. Con pruebas para sí mismo. Lo primero. Para los otros también, si es posible al mismo tiempo. Más necesaria esa prueba cuando "los otros" creyeron y vacilan o no creen.

Piensa uno que las más notorias y más próximas decadencias, la del Sacro Imperio Romano-Germánico (en el siglo XV), por ejemplo, la española del siglo XVII, son en substancia la no adaptación de una potencia al profundo ritmo de una época distinguida de la suya por fenómeno nuevo. El no "estar" ya con el tiempo. Y también el "no hacer" con lo que exige y manda el tiempo nuevo. La agonía del Sacro Imperio obstinado en la lucha imposible con el fenómeno nuevo de las nacionalidades jóvenes, sin acertar a hacerse nacionalidad él mismo (ni nueva ni vieja), la agonía de la España habsburguesa obstinada en la unidad religiosa exterior, e imposible, y en zurcir los residuos difuntos del propio Sacro Imperio, ¿no son el antípoda de la India liberada, y de la Birmania, del Imperio Británico que comunidad de naciones se hace, de la no obstinación ante lo muerto, y de la lucha terrible para la reconstrucción interna, y externa, en fórmulas de tiempo nuevo, característica de la lucha actual inglesa? Adviértase de qué manera se obstina la tosudez británica, en medio de la tormenta, del descenso de prestigio, para conservar de su Imperio siglo XIX lo que es de hoy nada más. Dejando muerto lo muerto. O resignándose ante lo muerto. No resignándose, en cambio, cuando ha de hacer fuerza nueva. Y apasiona doblemente el espectáculo fuerte de esta lucha interna inglesa, y con el mundo exterior al mismo tiempo, cuando ahora observa uno, en el Festival de Londres, hecho "actual" (conmemoración al fin de la Inglaterra siglo XIX), que busca fuerzas la Gran Bretaña, y sueños busca, en la que batía Imperios hace un siglo nada más. En lo que es más actual, por más humano, del siglo XIX que del XX. En lo que más construyó aquel siglo y demoliera el presente. Y ¿acaso no fué la realización inglesa, y su régimen y su sistema, quienes habitable hicieron lo mejor del siglo XIX?

¿Exposición, o Feria, el Festival británico organizado en Londres actualmente? ¿Festival de Arte, o Prueba de Inteligencia? ¿Festival Humano? Un cocktail en todo caso, medio dulce, medio seco. De todo ello mixtura. A dosis fuerte. Con esa piel o ropaje teatral y pintoresco, y declamatorio aún, compañero inseparable de esta fórmula festivalesca. Pabellones de la Naturaleza, del Hombre, de los Descubrimientos, del León y el Unicornio, de la Habitación, de los Deportes... Entre la algarada funambulesca de las manifestaciones típicas, de las cabalgatas históricas, de las representaciones teatrales, de los conciertos...

Uno más, el Festival en sí mismo. Des-



Un rincón de la City.



T...ico rincón de Londres...



...nsion de lord-Alcalde.

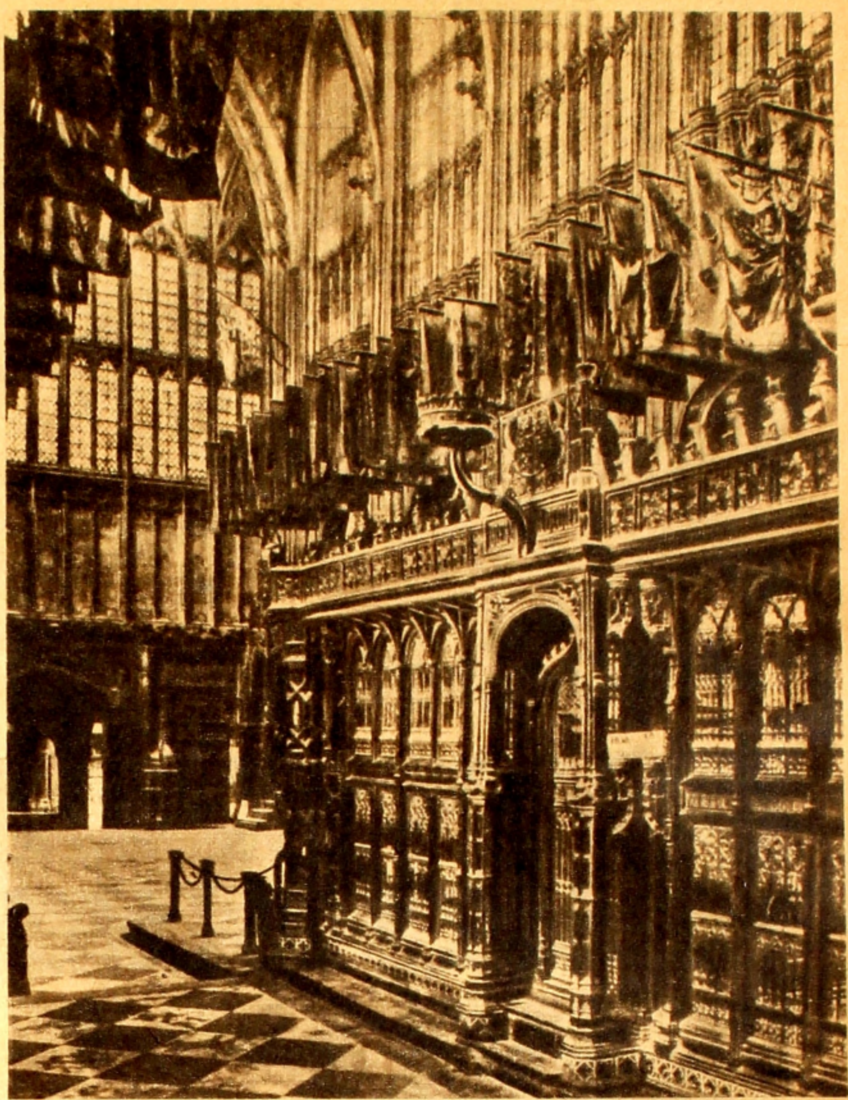
...Y EL HOMBRE, ...LESA CON SU ...)

de luego. Pero con tal sabor, con tantas tales sugerencias latiendo entre el ropaje teatral y pintoresco, que no puede pasar indiferente en estos días ante el clamor londinense. Porque grita una voz europea en el fondo del clamor festivalesco. En lo que de esta Europa, venida a menos, queda. Y es mundial también esa gran voz. Precisamente cuando no puede convencerse uno (difícil el convencimiento) de que este disminuir y caer del viejo mundo europeo no corresponden disminución y caída de todo el resto del mundo.

¿El sabor? ¿Las sugerencias? Los halla uno en seguida cuando advierte que entre panales de añoranza impregnados nace el Festival Británico. Impregnadas a su vez las añoranzas de decepciones terribles. En cuanto esta la Gran Exposición Británica de 1851 adscrita a este Festival. ¡1851! Disraeli, Gladstone, el Libre Cambio, la máquina de vapor, las compañías marítimas, el carbón, la metalurgia, el maquinismo, la industrialización, confirmaciones en Asia, en Africa, en Oceanía, financiamientos mundiales, mercado universal de Londres... Y el pie que en Londres se apoya para montar un Imperio. Jalón señalado y máximo en la exuberancia inglesa. Que genericamente coincide con mundiales exuberancias. El prestigio que nace. Y crece. ¡Un siglo! Una parábola inscripta en la ascensión y descenso de ese fenómeno mundial de potencia (de todas las potencias), y de prestigio, que es el Imperio Británico. Todo lo que entre la opulenta Gran Bretaña del siglo XIX y la austera y restringida Inglaterra de hoy, corta y mal alimentada, se interpone y se opone. La sugestión de lo corto y restringido, y del alimento escaso, instrumentos para hacer potencia nueva. O que hacerla pretendan. El sabor aún, y las sugestiones, cuando advierte uno cómo se alzan los pabellones del festival 1951 sobre los escombros de un barrio londinense en 1940 demolido. Extinguido por la agresión germánica destinada a someter la tosudez inglesa. Sobre el primer desgarrón de guerra, con enemigo de afuera y en plena ciudad británica, desde mil años atrás. O casi desde mil años. Con un muerto en los escombros (otra decepción aún). ¿El muerto? El espléndido aislamiento de la isla inatacable. Otro prestigio también, y otro mito, del gran tiempo siglo XIX.

Hace ahora 20 años, andaba yo por la City, germen de la vida en Londres, glándula esencial inglesa. Y aún hallo lo escrito por mí mismo, entonces y para entonces, ante el fenómeno-City. No más (la insistencia vale) 20 años atrás.

"Y todo, toda la explicación inglesa —escribía yo en aquel tiempo— en esta plaza



El puro gótico inglés, en las capillas de Wesminster.



...empezar la guerra, y el mismo rincón de Londres cuando la guerra termina.

de la City está. Plaza que no tiene nombre. Ni carácter. Ni estética. Ni ostentación. Columna de templo griego, en cinturón de la plaza. Con frontones triangulares. También griegos. Y negación de lo griego al mismo tiempo. Pesadumbre. Niebla espesa. Ignorancia de la gracia. Y de la imaginación. Imitaciones sin alma, sin esbeltez y sin luz. Pero ¿qué cuenta la gracia aquí? ¿Qué puede contar la gracia? Ni la esbeltez. Ni lo alado. Ni la luz. ¿Un templo griego en la City? El Banco de Inglaterra, primer templo. La libra esterlina dentro. Dios aún de medio mundo. ¿Otro templo todavía, con aspiraciones griegas? La Bolsa: fiebre de contrataciones y clamor del mundo entero. Cifras sobre papel simple. Papel que equivale a minas, a fábricas, a trenes, a navíos, a diamantes, a oro, a ganados, a petróleo... que no están en Inglaterra. Fortuna distribuida por los cinco continentes. Fortuna de cinco continentes. Y substancia inglesa. Y otro templo (griego) todavía: la Mansión del lord-Alcalde. Tradiciones con peluca. Calzón corto. Golas blancas. Y aún hebillas de plata. Todo lo viejo de la vieja Inglaterra en lo más nuevo del mundo asentado. ¿La City de Londres, la opulenta Inglaterra, la expansión a la busca de mundos; la expansión que los hace, los trae, los vive, los cotiza, entre humo de pipas y niebla, entre whisky y perfumes de tabaco rubio? En estas callejas estrechas y tétricas, con casas mediocres, enanas y grises. En el barrio oscuro. Sin ostentaciones. ¡Nada! Hasta que halla uno una placa de cobre. En un muro negro. Y otra placa. Y otra. La sede aquí (puente de mando) de una Compañía naviera. La de otra más allá. La de otra aún... La de tal empresa que rubrica tierras en los cinco continentes con railes de trenes, cavó túneles y cruzó montañas, o explota puertos, o extrae oro, o montó fábricas sin que importe el espacio, ni cuente el tiempo, ni el clima influya. Y advierte uno en seguida que la casa mediocre, y gris, y enana (placas de cobre en los muros), tiene antenas inmensas que hasta las cuatro esquinas de la Tierra llegan. Y en las callejas estrechas y tétricas encuentra la imagen de cien horizontes distintos: navíos que salen, y pasan, o vuelven, banderas inglesas al viento, con espuma de todos los mares, plantaciones inmensas, los trenes que tajan llanuras de hemisferio a hemisferio, los puertos que hierven, las minas lejanas... Lo propio y lo exótico. Porque en las casas grises de la City, sin que un gramo de mercancía entre, ni Inglaterra lo tenga, se mueven montañas de cobre, de algodón o de lana, de café o de caucho, de petróleo, de trigo, de especias... Producto del mundo. Contratación inglesa. Flete y dividendo".

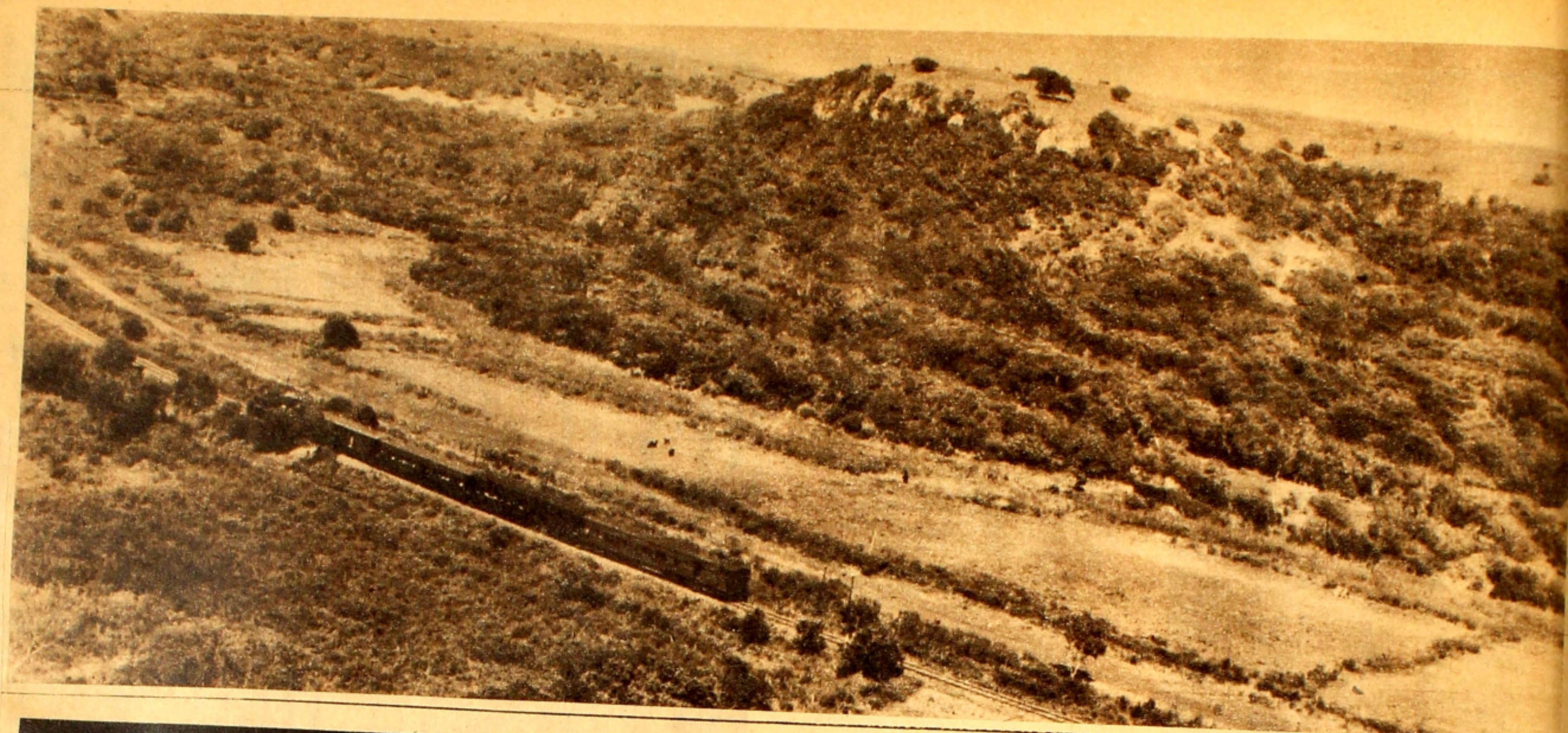
Todavía hace 20 años era esto la City. E Inglaterra. Sin ir hasta el siglo XIX. Lo que ahora no existe. ¿El Banco, la Bolsa, la contratación del mundo? Fundidos en el crisol al rojo del primer medio siglo XX. Fundidas las capitalizaciones en los cinco continentes, el santo dividendo externo, el reinado de la esterlina en las grandes plazas bancarias, la exportación triunfante... El prestigio. El siglo XIX.

¿Que ahora mismo se inyecten los ingleses su estupefaciente Festival Británico (de hoy y para hoy), 1851 en la añoranza y el sueño? ¿Cómo no? Aún anda uno por Londres. Se detiene en el puente de Westminster ("La Tierra no ofrece nada tan majestuoso" —exageraba Wordsworth) y ese inmenso anacronismo gótico del Parlamento es pleno siglo XIX. O en el Museo Británico entra uno: maravillas romanas, y egipcias, y griegas (los frisos del Partenón están en este museo). También siglo XIX. Y siglo XIX el Palacio de Justicia (otro anacronismo gótico), el Museo de Pinturas, y el Whitehall "renacentista", residencia de gobierno. Picadilly, siglo XIX. Los docks. Los muelles. La cintura del Támesis. ¿Algo más siglo XIX, más londinense y británico, más en nervio de Inglaterra, que el Nelson a la romana en la plaza de Trafalgar?

¿Siglo XIX muerto y conservación de lo mejor del siglo XIX? ¿Resignaciones ante lo muerto, o lo imposible, y feroz lucha para conquistar lo nuevo? ¿Guarda de valores puros a no dejar morir nunca? Todo esto, en la Inglaterra de ahora. Que haya en Londres, hoy, en lo duro de la lucha, un pabellón de El Hombre (siglo XX), no puede dejar a nadie indiferente.

J. B. TOLEDO.

París, 1951. (Especial para EL DIA).



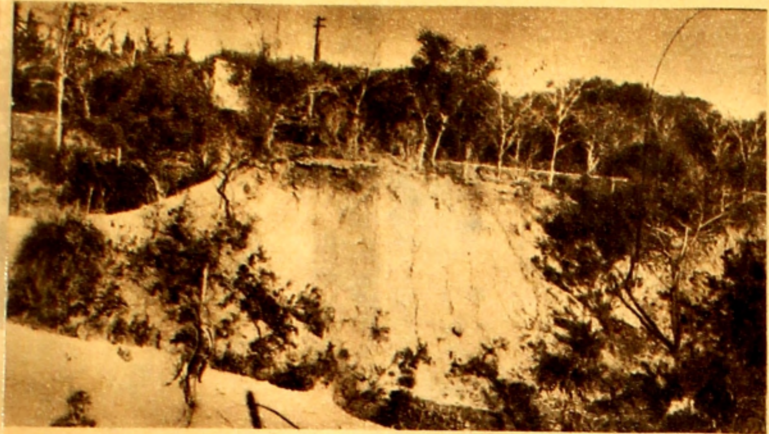
Alveólo del fondo del Valle Edén, bastante fértil, librado a diversos cultivos.

EL USO ECOLOGICO DEL SUELO

Si cada ser humano sólo tuviera que realizar a través de su vida aquellos trabajos hacia los cuales siente una verdadera vocación o que están en mayor consonancia con sus inclinaciones naturales, el rendimiento individual, así como la salud y la felicidad, incrementarían entre todos los hombres de una manera sensible. Todos los días nos encontramos con personas que se quejan de su diaria labor, la que ejecutan con desgana y hacia la cual no sienten vocación alguna, y con otras que yendo a la caza de méritos se han encaramado en posiciones que no les corresponden, y en las cuales, para aquellos que desean realmente hacer algo, se convierten en verdaderas piedras del camino.

Y así como cada hombre debiera hacer lo que su preparación, su contextura física y moral, y su vocación, le permiten o le exigen hacer, también los suelos, materiales complejos de naturaleza eminentemente biológica, sólo debieran destinarse para aquellos usos para los cuales ofrecen condiciones apropiadas, lo que evitaría que se perturbaran de una manera irremediable sus originarias características químicas y biológicas, y sus particularidades y estabilidad física. Con respecto a este asunto, el conocido edafologista brasileño J. Setzer ha escrito lo siguiente: "El uso ecológico del suelo es el aprovechamiento agrícola de las tierras por medio de cultivos de plantas bien adaptadas al clima de una región dada, y a las condiciones físicas y químicas del suelo de la misma. De esta manera se obtiene de la tierra el máximo rendimiento sin empobrecerla, al mismo tiempo que los agricultores elaboran y asimilan casi inconscientemente métodos racionales de cultivo y de tratamiento del suelo, se fijan a la tierra y aprenden a amarla y a considerar noble su profesión, que es la más honesta de todas las profesiones". Por otra parte el uso ecológico del suelo tiende a poner freno a las prácticas de depredación, propias de los pueblos del más bajo nivel cultural.

Hacé algún tiempo, y con el objeto de incrementar nuestra producción agropecuaria se había lanzado la consigna de "producir más", la que fué repetida en múltiples oportunidades y lugares, dando tal vez algunos resultados más o menos perceptibles. En un país donde las parcelas de tierra que se trabajan no pueden ser agotadas por prácticas de monocultura y labores rutinarias, y luego abandonadas, ya que las



Suelos formados sobre limo pampeano, erosionados y luego fijados artificialmente con plantaciones de acacia. (Canelones)



Laderas de la Quebrada de los Cuervos (Treinta y Tres) cubierta de bosque indígena, cuya integridad debe ser respetada. Toda la región debe ser declarada parque natural.

nuevas tierras no son tantas como vulgarmente la gente imagina, y nuestra densidad de población y tal vez nuestro nivel de vida son los más altos del continente, no se trata sólo de producir, sino de saber producir, utilizar métodos de cultivo racionales, que garanticen una estabilidad de los suelos y una mejoría de sus primitivas propiedades, poniendo freno a la erosión acelerada, y destinando cada parcela de tierra al cutivo que esté en mayor consonancia con sus características edáficas. Existen tierras que jamás debieran ser aradas; otras que se han destinado a campos de pastoreo y son de la más alta calidad agrícola; también hay áreas favorables a la repoblación forestal.

Todos los días oímos que se emiten juicios poco exactos acerca de nuestras tierras y nuestros campos. Por ejemplo, las expresiones campos de basalto, de granito, no tienen sentido sino para localidades de área muy restringida, porque si no hay edafización más o menos aparente, el granito, el basalto, y sus respectivos materiales meteorizados sólo permiten el crecimiento de líquenes y de musgos, y no de verdaderas pasturas. Por otra parte el recargo constante de ovinos, unido a las periódicas sequías en campos que nunca descansan, y son sometidos a frecuentes quemazones, podrían llegar a hacer a éstos impropios para cualquier clase de ganado.

A nada conduce tampoco la repoblación forestal sin ton ni son, plantando cualquier especie de árbol y en cualquier parte. El hombre puede utilizar las arboledas para influir en las condiciones microclimáticas, hidrológicas, y para atenuar la erosión en una comarca dada. Pero esto sólo lo conseguirá si selecciona bien las especies que ha de cultivar y si dispone las plantaciones en forma adecuada, practicando la silvicultura sobre bases ecológicas.

Y finalmente el desconocimiento de que cada suelo es un cuerpo natural, cuyo equilibrio biológico y físicoquímico es perturbado por las labores agrícolas rutinarias, hace pensar a muchos agricultores, que su capacidad de producción es eterna, y que con buenos abonos, es posible devolverle sus primtivas características económicas.

El suelo constituye actualmente uno de los recursos renovables más importantes en cualquier país del mundo. El Estado debe cuidar de su integridad, ya que él forma parte del patrimonio de la nación. En cuanto a los particulares, éstos deben defenderlo para su propia seguridad y por un sincero patriotismo.

Jorge CHEBATAROFF.

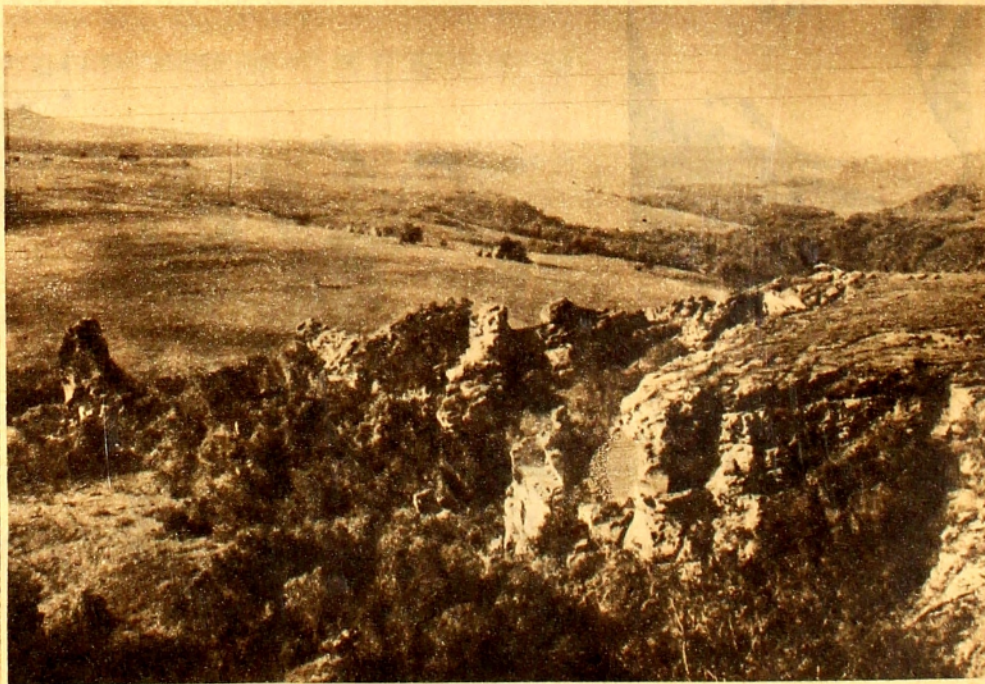
(Fotografías del autor. — Especial para EL DIA).



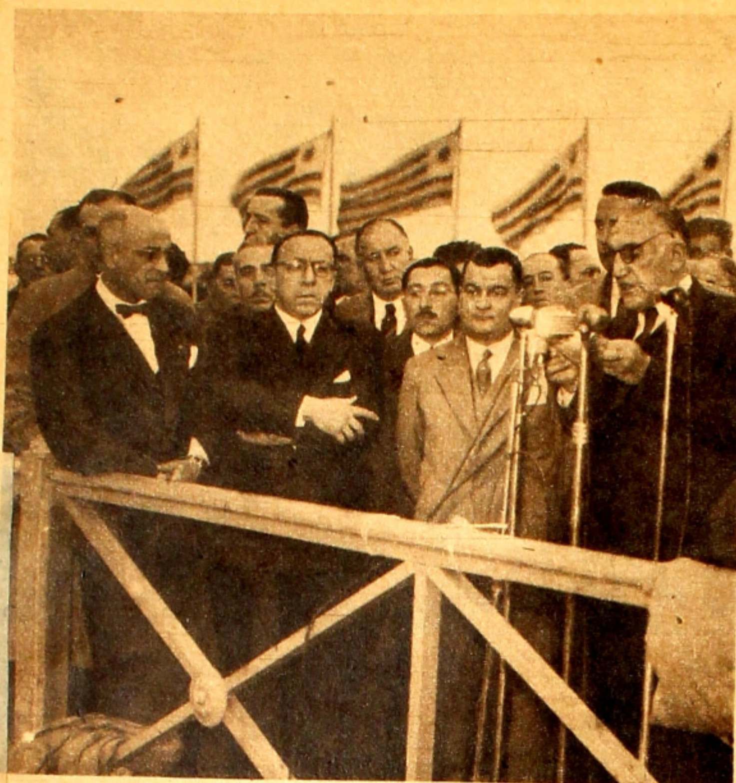
Suelos de ladera serrana cuyas pasturas han sido agotadas por exceso de pastoreo de caprinos. (Sierra de la Ballena).

ABAJO: Lo que a veces se ha llamado campos de basalto: nótese la diversidad de la vegetación según la altura lo que evidencia la disparidad de propiedades. (Valle Edén)





Campos de suelos azonales, originados sobre areniscas de Tacuarembó, que nunca debieran ser arados, salvo para dedicarlos a cultivos muy especiales.









Próximo a la tribuna América, del Estadio Centenario, lugar elegido para levantar el monumento al Deporte Nacional, se realizó el acto de colocación de la piedra fundamental, significativa ceremonia que congregó inmenso público y representantes de corporaciones deportivas, rodeando al Intendente Municipal Sr. Barbato, autoridades de gobierno nacional y departamental. Muestran las notas distintos aspectos de la simpática ceremonia.





Nuestro compañero de trabajo, Juan Clivio, que es un narrador de incomparable amenidad, sin dejar de ser preciso y gráfico en la narración, dió en el Club "EL DIA" lo que modestamente llamó relato sobre algunos aspectos de su reciente viaje a México.



En el Ateneo de Montevideo se realizó un acto artístico por componentes de la Asociación de Estudiantes de Comercio.

INFORMACION LOCAL

A LA DERECHA: Expatriados argentinos, españoles, venezolanos, paraguayos, bolivianos, peruanos, etc., se reunieron en el Círculo de la Prensa con el propósito de programar un homenaje al Uruguay, el día 25 de agosto próximo, como expresión de gratitud a la hospitalidad recibida en su lucha permanente al servicio de los ideales democráticos.







El profesor Guillermo Rodríguez disertó sobre "El arte del grabado" durante la exposición realizada en el Liceo Nº 10, de Malvín, ilustrando su disertación con estampaciones de grabado a cargo de la profesora Celia Giacosa, asistiendo al acto las autoridades de Enseñanza Secundaria y del Liceo.



La Asociación de Estudiantes de Música, conjunto juvenil que ha organizado esta asociacion para realizar actos de divulgación musical, hizo su presentación en la sala del Instituto Verdi bajo la dirección del joven maestro Manuel Simó, músico dominicano radicado entre nosotros becado por su gobierno.



Demostración al Comando del Cuerpo de Bomberos en las personas del Tte. Coronel Leoncio Raíz y Tte. Coronel Carlos Herrera, por los componentes del Comité Ejecutivo de la campaña pro-recursos para aquel instituto.



El Presidente de la República, Sr. Martínez Trueba, cumpliendo uno de los actos del ceremonial, conmemorativo del 121º aniversario de la Jura de la Constitución, y algunos aspectos del desfile militar realizado ante el histórico Cabildo.











Musicos del Uruguay

LEON RIVEIRO

EN una de las partes más antiguas de Montevideo, calle Paysandú, cerca de la de Florida, donde la edificación poco o nada ha variado en el último siglo, existe una casa con chapa al frente: "Conservatorio La Lira". Debe de haber sido un edificio imponente en su tiempo, y aún hoy impresiona con seriedad y cierto señorío. Sin embargo, la sorpresa es para con el que entra desprevenido, e ignora la vida musical de Montevideo en la última parte del siglo XIX, del siglo romántico. Porque se encuentra con una sala de conciertos amplia, un recinto que de inmediato nos envuelve con la atmósfera del pasado, ya casi histórico. Muy pocos de los conservatorios modernos de Sudamérica cuentan con semejante sala, con escenario tan apto para una orquesta sinfónica completa.

"La Lira" fué el primer conservatorio de Montevideo, el primer instituto que se dedicó a la enseñanza musical. Y es muy probable que haya sido el primero no sólo en el Uruguay sino en todo el Río de la Plata, y con esto, seguramente, en la América del Sur. Sobre él flota aún hoy, veinte años después de su muerte, el espíritu de su fundador, León Ribeiro que debe de haber sido una de las auténticas grandes figuras musicales en la temprana historia artística del país.

Nació León Ribeiro el día 11 de abril del año 1854, y fundó "La Lira" en el año 1873, es decir, cuando tenía apenas diez y nueve años. Desde entonces y hasta su muerte, el 12 de marzo de 1931, casi a los 77 años de edad, León Ribeiro vivió consagrado enteramente a la música, a su enseñanza y a su creación.

No nos sorprende que el maestro Ribeiro haya escrito operas, y en italiano por supuesto, siendo el italiano el idioma obligado del arte lírico en aquel entonces en nuestros países, tan nuevos en el concierto mundial. Con todo, nos puede resultar digno de reflexión el hecho de que en el Montevideo antiguo hayan vivido no pocos compositores de esta forma grande que requiere indudablemente alto dominio del oficio. Ya hemos mencionado en artículos anteriores, a Giribaldi, a Sambucetti. Ahora Ribeiro. Y quién sabe, cuántos más ha habido de los que ninguna memoria ha quedado. La opera más exitosa de León Ribeiro fué "Liropeya", que se estrenó, en el año 1912, en el Teatro Solís, que recogió en su hermoso recinto buena parte de la Historia musical del Uruguay. La cantidad de dramas líricos que compuso Ribeiro es considerable: además de "Liropeya", "Don Ramiro", "Nora", "Jobe", "Nidia", y "El Charrúa", trasplantacion al Uruguay del tema dramático que trató con tanto éxito Carlos Gomes en su "Guaraní". Además de estas óperas, León Ribeiro compuso otra obra interesante para el teatro: una pantomima.

Dijimos que no nos extraña la composición de óperas de un autor de aquella época. En cambio, si nos sorprendemos al saber que León Ribeiro compuso nada menos que cuatro sinfonías. No era aún nada común el componer obras puramente instrumentales de esta envergadura, en Sudamérica (y ni siquiera en Italia, si queremos). Creo poder afirmar que Ribeiro fué el primer sinfonista uruguayo. La sinfonía con su grande estructuración tectónica, con sus problemas que no se expresan por medio de palabras, necesita un aliento imponente, la mano de un auténtico maestro. Ribeiro escribió sinfonías en una era en que el concierto sinfónico aún no estaba arraigado en Montevideo como lo está hoy. Escribió más para sus voces interiores que para músicos que podrían interpretar su obra.

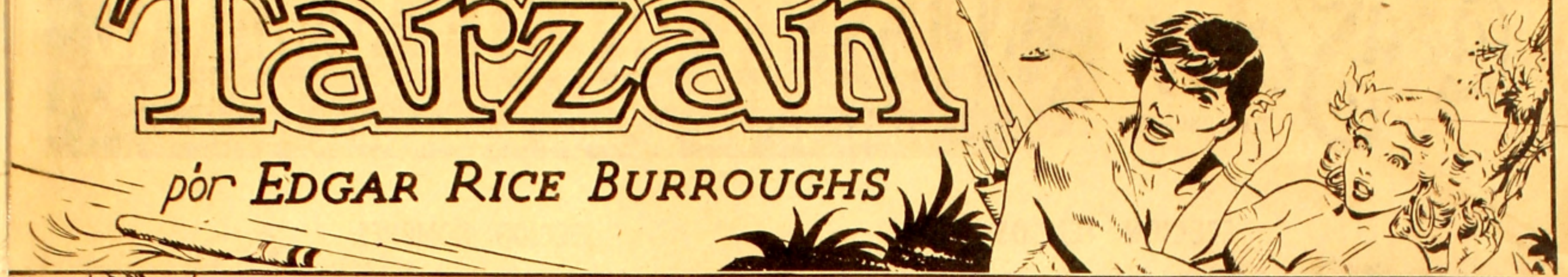
La creación de León Ribeiro no se contenta con óperas y sinfonías. Cuenta además con una "Misa solemne" y otra, gregoriana; con preludios, oberturas, fugas, enorme cantidad de música de cámara, entre ella cuartetos, sextetos, sonatas para violín y piano.

Aún sobreviven en Montevideo muchos alumnos de León Ribeiro. Entre profunda conmoción lo llevaron a la tumba, veinte años ha. No permitieron que su ataúd fuese levantado, en todo el largo camino, por manos que no hubieran recibido enseñanza del maestro. Y las lágrimas que brotaron ese día provinieron de corazones en que León Ribeiro hizo entrar el amor hacia lo que era su mundo, la música.

No es fácil vivir en ese mundo de ensoñación, en ese mundo irreal y al mismo tiempo más real que cualquier otro; no es fácil dedicarse a la faz lírica, al arte puro, en el mundo que nos rodea con sus materialismos, sus egoísmos y su cada vez más angustiosa falta de sentimientos nobles. León Ribeiro debe de haberlo sentido, sufrido él también como tantos otros, como quizá todos los músicos, todos los creadores de belleza. De Schubert nos cuenta la leyenda que tuvo el don de poder crear sublime música mientras lo rodeaba la vulgaridad de la vida cotidiana. Su cuerpo estaba presente pero su espíritu volaba por regiones incontrolables recogiendo allí bellezas que sólo él sentía en esos instantes de auténtica inspiración. Y de León Ribeiro nos cuentan los que lo conocían y amaban que existe en Montevideo un sitio que guarda quizá los mismos o aún más recuerdos del maestro que su conservatorio. Es el Palacio de la Cerveza. Por muchos años de su vida, fué éste una especie de su cuartel general. Había, dicen ,una mesa reservada para el maestro. Nadie se hubiera atrevido a sentarse en ella. Y después de sus lecciones — y no pocas veces también sin haberlas dado — aparecía "el maestro". En esta rústica mesa rodeado de parroquianos bulliciosos, León Ribeiro, anciano ya, halló la paz y la concentración para su creación musical. Sólo a pequeños espíritus puede, quizás, chocar esto. Sólo ellos condenarían el sitio. Brahms era cliente diario de una cervecería vienesa. Mussorgski también. León Ribeiro no está en mala compañía. . .

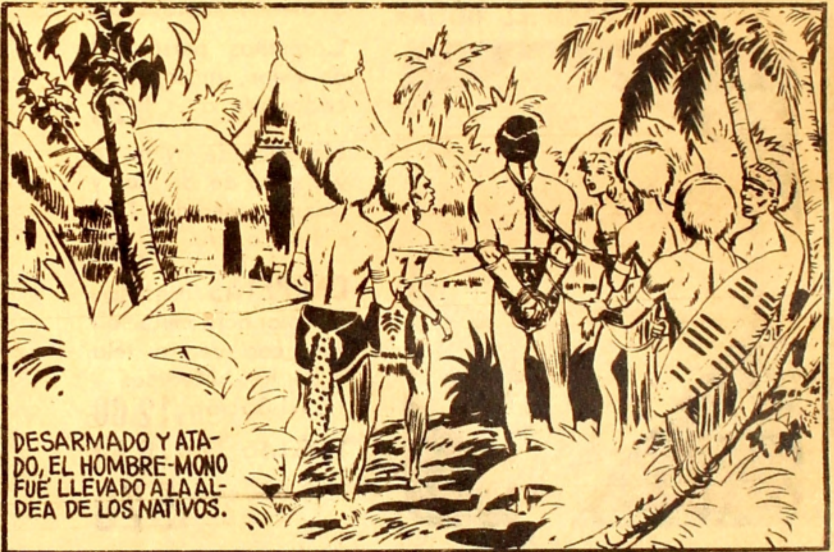
Lo triste no es que de toda su rica obra casi nada se haya conservado para la posteridad. . .

Kurt PANLEN.


Tarzan
pór EDGAR RICE BURROUGHS


DE PRONTO, UNA HORDA DE EXTRAÑOS GUERREROS AMARILLOS SALTÓ DE ENTRE EL FOLLAJE. TARZÁN LUCHÓ CON LA BRAVURA DEL ANIMAL ACORRALADO. VENCIÓ A MUCHOS...


...PERO FINALMENTE FUÉ DOMINADO POR LA FUERZA DEL NÚMERO.


DESARMADO Y ATADO, EL HOMBRE-MONO FUÉ LLEVADO A LA ALDEA DE LOS NATIVOS.


TARZÁN FUÉ CONDUCIDO DIRECTAMENTE A UNA AMPLIA CHOZA, DONDE---
-1025-


...UN HOMBRE BLANCO SONREIA BURLONAMENTE. ERA EL OLVIDADO BLAKE A QUIEN TARZÁN HABÍA ENCONTRADO HACÍA YA ALGUNOS MESES. AHORA NO DEMOSTRABA COBARDÍA, SINO QUE PARECÍA UN HOMBRE VICIOSO ÁVIDO DE VENGANZA.

